



## RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

2ª parte de la Eucaristía

Palabra de Dios



*¿No se abrasaba nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*

Jesús se une a nosotros mientras caminamos por la vida llenos de tristeza, y nos explica las Escrituras. Pero como no sabemos que es Jesús... pensamos que es un extraño que sabe aún menos que nosotros de todo lo ocurrido en Jerusalén. Sin embargo, algo sentimos con él a nuestro lado, algo intuimos, porque nuestro corazón empieza a arder.

En el momento mismo en el que El está con nosotros, no entendemos del todo lo que está ocurriendo, ni podemos hablar de ello entre nosotros. Más tarde, cuando todo ha terminado quizá podamos decir, como los discípulos de Emaús: *¿No estaba nuestro corazón en ascuas mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*

Es con esta misteriosa presencia con la que quiere ponernos en contacto el “servicio de la Palabra” durante cada Eucaristía; y es esta misma Presencia la que se nos revela constantemente cuando vivimos nuestra vida eucarísticamente. Las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento y la consiguiente homilía, están destinadas a hacernos discernir su presencia mientras nos acompaña en nuestra caminar. Cada día hay diferentes lecturas. Cada día nos acompañan unas palabras. No podemos vivir sin las palabras que vienen de Dios, palabras que nos arrancan de nuestras tristezas y nos elevan a un lugar desde el que podemos descubrir que estamos verdaderamente vivos.

La primera finalidad de estas palabras de cada día es hacernos presente a Jesús. A lo largo del camino Jesús nos explica aquellos pasajes que hablan de él. Tanto si leemos el libro del Éxodo, como si leemos los Salmos, los Profetas o los Evangelios, todos ellos no tienen otra finalidad que hacer arder nuestro corazón. La presencia eucarística es, ante todo, una Presencia a través de la Palabra. Sin ella no podremos reconocer la Presencia de Jesús en la fracción del pan.

Vivimos en un mundo en el que las palabras apenas tienen valor. Han crecido en número pero han decrecido en fuerza comunicativa.

No es de extrañar, por tanto, que las palabras de la Eucaristía las escuchemos fundamentalmente como palabras que nos informan, nos cuentan una historia, nos instruyen, nos advierten. Pero no les prestamos la debida atención. No esperamos que nos sorprendan o afecten.

La Palabra pierde así su carácter sacramental. La Palabra de Dios es sagrada, es decir: Hace presente lo que expresa.

